

CONSIDERACIONES SOBRE EL SUICIDIO FEMENINO EN LA ANTIGÜEDAD *

MARGARITA GARRIDO

En la cultura griega antigua uno de los principales atributos del concepto de feminidad es el de *aidós*, expresión del autocontrol requerido en esposas y doncellas. Para ellas, *aidós* supone la adopción de una actitud distante respecto al hombre, actitud que se materializa con la permanencia en el interior de la casa así como con la expresión de un lenguaje indirecto que las mantiene alejadas de lo público. En esta cultura que en su momento dictaminó que el mejor adorno de la mujer es el silencio, entre el silencio que se les impone y el *lógos* que se les niega, a las mujeres siempre les queda la posibilidad de expresarse enigmáticamente (Iriarte, 1990:28 y 124). ¿Será, entonces, el suicidio una forma de esa enigmática expresión? El suicidio constituye un fenómeno relacionado y dependiente de las características del mundo social. Así piensa una investigadora de la antigüedad cuando, en su estudio sobre la muerte femenina en la tragedia, afirma que el suicidio es "muerte de mujer, por encima de cualquier cosa" (Loroux, 1989:33).

Esta práctica de muerte, diferenciada según el sexo y que además delata el "silenciamiento" de la mujer, nos motiva a revelar estas consideraciones sobre el suicidio femenino en la Grecia antigua. Pero antes de centrarnos en los albores de nuestra cultura, revisaremos el pensamiento de toda una tradición recogida por Emile Durkheim a fines del siglo XIX. Desde su perspectiva sociológica, y tras definir el suicidio como todo caso de muerte ejecutado por la propia víctima a sabiendas de que habría de producir este resultado, queda claro que las prácticas de los sujetos se explican por las características del tejido social al que pertenecen (Durkheim, 1971:14-15). Como Durkheim, muchos pensadores franceses de la actualidad acuerdan en que el suicidio es una especie de parámetro para juzgar la salud o el equilibrio de una sociedad. Así dice el historiador Philippe Ariès, inclusive asegura que también él habría asumido este punto de vista si no hubiera leído la tesis doctoral de Jean Baechler aparecida en 1975. Éste reduce al

* Esta comunicación fue presentada en las *Primeras Jornadas Institucionales* organizadas por la Facultad de Humanidades en octubre de 2001. Universidad Nacional del Comahue (Argentina).

mínimo la naturaleza histórica y social del suicidio atribuyéndole un comportamiento independiente de la sociedad y advierte que lo que depende de la sociedad es el mito del suicidio, siendo el suicidio un acto individual (Ariès, 1995:249-250).

La tensión entre la perspectiva que pone el acento en la determinación social y la que gira en torno a la predisposición psicológica se hace evidente en la discusión científica actual sobre el suicidio. En el cruce de ambos paradigmas, Ariès centra su estudio de la muerte en el espacio entre lo biológico y lo mental, espacio en el que circunscribe todo hecho cultural. Desde esta perspectiva reflexiona sobre el lugar que ocupa el suicidio en una historia general y, particularmente, afirma que nuestras antiguas sociedades tradicionales "sacralizaron" la muerte, es decir, se esforzaron por hacerla entrar en un sistema de ritos y creencias. Por ello, rechazando el suicidio e incluso condenándolo, al individuo no le estaba permitido someter a la sociedad a la presencia imprevista de la muerte por una decisión de carácter personal. En cambio, a partir del siglo XVII la sociedad se fue haciendo más indiferente al tema y en el siglo XIX -dice Ariès- la muerte se "desocializó", es decir, pasó del dominio público, donde estaba circunscripta y vigilada, al dominio privado, donde fue liberada. También un antropólogo como Louis Vincent Thomas sostiene que en la actualidad se asiste a "una verdadera desritualización, a una desimbolización" de las conductas funerarias; particularmente habla de la "desocialización de la muerte" (Thomas, 1991:56 y 87).

Retomando aquella opinión de que nuestras sociedades tradicionales "sacralizaron la muerte" nos remontamos al tema del suicidio femenino en Grecia. Ya en la antigüedad el suicidio era tema de preocupación y materia de reflexión por parte de quienes sistematizaron algunas líneas del pensamiento griego, como Platón y Aristóteles. En *Fedón* (61b-62d) -diálogo en torno a la muerte de Sócrates- queda claro que hay personas para quienes es mejor estar muertas que vivir, pero queda muy claro también que a los mortales no les está permitido quitarse la vida sin una orden divina. Esta teoría de Platón se completa en *Leyes IX* (873a-874a) cuando explicita la pena que deben sufrir los que se privan de su *moira*. Para éstos se prescribe sepultarlos aislados de los demás, sin gloria y en el anonimato. Y de esta pena tan marcada por la ignominia sólo se escapan quienes mueren por tres motivos: ya sea porque lo ordena el Estado o porque están forzados por alguna desgracia o porque han incurrido en una ignominia. Salvo estos tres casos, matarse es un acto injusto según Platón.

También Aristóteles, en *Ética Nicomaquea* (V.10,1138a4-20), define el morir por mano propia como un acto injusto que la ley no permite. No obstante, este filósofo introduce una distinción a partir de si se trata de un acto voluntario o no. El matarse voluntariamente es injusticia contra la ley, mientras que el acto causado por la ira no atenta contra el Estado sino contra la recta razón de quien se mata. De todos modos, para ambos casos, Aristóteles confirma como sanción social el deshonor que acompaña al que se mata.

Ante esta condena del suicidio en los albores de nuestra cultura, enfocamos una expresión de Platón cuando en *Leyes IX* se pregunta por la pena que debe sufrir el que se mata. Afirma que "se aplica a sí mismo una pena injusta por inercia y cobardía impropia del varón". Precisamente esta expresión, "impropia del varón", que desde nuestra perspectiva deja entrever prácticas diferenciadas según el sexo y, más aún, parece incluir una jerarquía desvalorizadora hacia lo femenino, nos lleva a ahondar el suicidio femenino a partir de las consideraciones de dos investigadoras del mundo antiguo. La historiadora Eva Cantarella afirma que la reconstrucción de mitos y ritos ayuda a aclarar las reglas que presiden la muerte de las mujeres. En efecto, en la antigüedad existían prácticas sociales inspiradas en creencias mágico-religiosas que muestran la interferencia entre el pensamiento de la Grecia primitiva y la nueva forma de pensar que nace con la ciudad (Cantarella, 1996:7). Y en la reconstrucción de aquellos mitos, Cantarella parte de relatos de Plutarco, Apolodoro, Higino, Pausanias, entre otros, fuentes a partir de las que revisa los cultos celebrados desde Arcadia a la Fócide y desde Tesalia al Ática. Así señala el culto de Artemis, en Arcadia, consistente en la danza de un coro de muchachas. Esta fiesta recuerda un acontecimiento dramático de unas espartanas que, mientras juegan, se cuelgan de un nogal temerosas de un rapto o una violación. Esta fiesta arcadia celebra un ahorcamiento femenino del mismo modo que lo hace la fiesta délfica llamada Carila. Cada ocho años, una niña con una cuerda al cuello es conducida en procesión hasta el lugar donde fue sepultada Carila, la que se ahorcó. El mito cuenta que Carila fue a pedir alimentos al rey pero él, después de golpearla con su sandalia, la expulsó por lo que ella, hambrienta pero orgullosa, se ahorcó. Similar ceremonia es la de Aspalis, celebrada en Tesalia. Todos los años las jóvenes sacrifican un chivo, colgándolo del mismo modo como se había colgado Aspalis para evitar una violación. Otro acontecimiento es la fiesta de las *Anthesteria*, en Atenas. Mientras se prepara una comida de cereal y miel, las muchachas se

balancean en columpios rememorando el mito de Erígone quien también terminó su vida colgándose. De modo que son numerosos los ahorcamientos de jóvenes mujeres cuyo recuerdo aparece en antiguos mitos y ritos, unidos a fiestas públicas de muchas zonas de Grecia. Así pues, en opinión de Cantarella, morir colgado es una muerte típicamente femenina (Cantarella, 1996:16).

Consciente de que mitos y ritos sirven para determinar el puesto que el individuo ocupa en la comunidad y para transformarlo según la regla que esa comunidad le propone o exige (Cantarella, 1991:29), ella advierte que entre los mitos de muerte y las iniciaciones femeninas existe una estrecha relación (Cantarella, 1986:57-67). Por eso se centra en los ritos de paso de la edad impúber a la púber. En ellos, la adolescente muere simbólicamente para renacer como mujer capaz de contraer matrimonio y engendrar. En este simbólico tránsito se destaca el columpiarse. Este rito de fertilidad, si bien implica la vida, implica también la muerte simbólica; de ahí la secuencia: columpio, relación sexual y ahorcamiento. A Cantarella le parece, entonces, legítima la hipótesis de que el columpio fue uno de los modos de muerte simbólica en los ritos femeninos de paso de la edad impúber a la púber (Cantarella, 1996:21). En tal sentido, balancearse en un columpio no es tan sólo un juego infantil apreciado por las chicas sino un rito de consagración.

Esta fatal forma de silenciamiento femenino, más allá del culto, se manifiesta también en las reflexiones ginecológicas de los griegos. En el *Corpus Hippocraticum* (VIII,464-71) hay un tipo de epilepsia que afecta a las jóvenes con abstinencia sexual y les provoca una incontrolable tendencia a colgarse. A este discurso que articula el ahorcamiento femenino con la sexualidad se suman las imágenes de una de las pinturas más célebres del arte ceramográfico griego donde una muchacha sentada en un columpio es empujada por un sátiro (ARV2,1131.7). Y en la literatura de época arcaica, en la *Odisea*, Cantarella pone énfasis en dos casos muy conocidos que asocian lo femenino y masculino en torno a la sexualidad. Un caso es el de la madre de Edipo, que se ahorca al descubrir su incesto. Otro caso es aquél en que no es la mujer quien se ahorca sino que muere ahorcada como castigo por su infidelidad, castigo que da Odiseo a sus esclavas (*Odisea*, XI,271-80 y XXII,465-73). De todos modos, las mujeres no sólo mueren colgadas en el mundo social de la Grecia antigua; sin embargo, esta historiadora admite que es la forma de suicidio más frecuente. Y aclara que

se trata de una muerte maldita, que no permite que el alma del difunto encuentre paz. Es una muerte impura. Una pena no viril.

En definitiva, al percibir las reglas que presiden el suicidio femenino en la antigüedad, a Eva Cantarella le parece más que legítimo sugerir que mitos y ritos habían acostumbrado a los griegos a relacionar la idea de ahorcamiento con la suerte de las mujeres. Y se atreve a sugerir que el signo de la naturaleza femenina y su diferencia, desde la antigüedad a la fecha, determinó no sólo la vida de la mujer, su estatus social y legal, sino también su camino de muerte. Ahora bien, el efecto de estas representaciones mentales griegas -producto de una mirada masculina, por cierto- se percibe también en la literatura de la época clásica ateniense. Lo afirma Nicole Loraux cuando señala que el suicidio es muerte de mujer por encima de cualquier cosa (Loraux, 1989:33). Precisamente esta expresión "muerte de mujer" hace recordar la cita de Platón para quien matarse es "impropio del varón".

En efecto, en la puesta en escena ateniense, los hombres mueren en la guerra, cumpliendo el ideal de civismo. La ciudad les concede un hermoso sepulcro y una elogiosa oración fúnebre. En cambio, las mujeres mueren lejos de todas las miradas. Sobre ellas, la ciudad nada tiene que decir. La gloria de las mujeres consiste precisamente en carecer de ella -sentencia Loraux. Y más allá de las diferencias de género que conciernen a lo público y privado, hay otras diferencias relacionadas con las formas y los recursos para matarse. Así, entre los hombres, la muerte se manifiesta generalmente como homicidio, atravesados por la espada; pero en el caso de que se suiciden, nunca se ahorcan. En cambio, entre las mujeres son muchas las que se matan. Con la soga, con la espada o arrojándose a un precipicio: ellas tienen esta opción. Libertad trágica de las mujeres. ¿Libertad...? Libertad en la muerte -ironiza Loraux. En esta huida salvadora, la muerte de las mujeres es salida y movimiento: hacia arriba -suspendidas de la cuerda- o hacia abajo -lanzadas al precipicio. Frente a estos dos vuelos orientados en sentido opuesto, los hombres, en cambio, identificados con el modelo hoplita, al morir permanecen en su sitio, hincados a la tierra a la que los ata su espada.

Y para quienes la sociedad determina que el mejor adorno es el silencio (Sófocles, *Ajax*, 293; Eurípides, *Los Heraclidas*, 474-77; Aristóteles, *Política*, I.13,1260a1-30.), el silencio del suicidio encuentra su punto más frágil precisamente en la garganta. Así aparece Antígona, colgada del cuello, suspendida por un lazo de su vestido. Y como Antígona, Yocasta, Fedra,

entre otras. Pero en la tragedia griega el suicidio no es un "acto heroico" sino una "solución trágica" que la moral reprueba (Loroux, 1989:32). En esta instancia surgen en la memoria las palabras de Aristóteles cuando afirma que "una especie de deshonor acompaña al suicida, que es mirado como culpable para con la sociedad" (*Ética a Nicómaco*, V, 11). Así, Nicole Loroux señala cómo y hasta qué punto juegan entre sí los valores viriles y los atributos femeninos en la puesta en escena de las mujeres. Pero, aunque la puesta en escena es admirable ocasión para considerar la diferencia de los sexos y señalar la trágica muerte de la mujer, Cantarella observó que no sólo en las prácticas discursivas se matan las mujeres de la antigua Grecia. El suicidio constituye, entonces, un fenómeno relacionado y dependiente de las características del mundo social pues hasta en la muerte las mujeres cumplen los mandatos impuestos.

En definitiva, ante la opinión de estas historiadoras que, por un lado, constatan la dimensión dialéctica de lo masculino y femenino para caracterizar el pensamiento griego y, por otro, señalan la continuidad en el pasaje entre *mýthos* y *lógos* que tuvo lugar gracias a la intervención de la religión, creemos que resultará provechosa la relectura de los textos griegos partiendo de la consideración del suicidio como fenómeno social. Pero -claro está- no desde las iniciales consideraciones de Durkheim para quien la sociedad es todo, sino desde la perspectiva de nuevos conceptos sociológicos como los propuestos por Berger y Luckmann en sus reflexiones sobre la construcción social de la realidad. Estos sociólogos manifiestan que la sociedad es producto del hombre y que el hombre es producto de la sociedad, y que ambas afirmaciones reflejan el carácter intrínsecamente dialéctico del fenómeno societal. Para ellos existe un universo simbólico, matriz de todos "los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales". Ese universo simbólico como construcción social tiene una función nómica respecto de la experiencia individual. Y la función nómica por excelencia, en las sociedades arcaicas, está representada por los ritos de pasaje. Coherentes con este pensamiento, ellos afirman que una función legitimadora de los universos simbólicos se relaciona precisamente con la experiencia de la muerte. (Berger y Luckmann, 1993:125).

Consideramos entonces que, partiendo de este concepto de universo simbólico como construcción social y, además, desde la doble perspectiva de género como construcción simbólica y como categoría social, histórica y cultural, podríamos revisar en los textos por qué un hecho que parece tan

privado como el de quitarse la vida adopta determinada forma y significado especialmente para la mujer.

Universidad Nacional del Comahue, Argentina
Centro de Estudios Clásicos y Medievales

M. GARRIDO

Bibliografía citada

- ARIÈS, P., *Ensayos de la memoria*, 1943-1983, Barcelona, 1995.
- BERGER, P y T. LUCKMANN, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, 1993.
- CANTARELLA, E., "Dangling virgins: myth, ritual, and place of women in ancient Greece", en RUBIN SULEIMAN, S., (ed.), *The female body in western culture. Contemporary perspectives*, Harvard University Press, Cambridge Mass, 1986.
- , *Los suplicios capitales en Grecia y Roma. Orígenes y funciones de la pena de muerte en la antigüedad clásica*, Madrid, 1996.
- , *La calamidad ambigua. Condición e imagen de la mujer en la antigüedad griega y romana*, Madrid, 1991.
- BARNES, J. (ed.), *The complete works of Aristotle: The revised Oxford translation*, Princeton, 1984.
- DURKHEIM, E., *El suicidio. Estudio de sociología*, Buenos Aires, 1971.
- , *Las reglas del método sociológico*, México.
- EURIPIDES, *Le Cíclope (y otros)*, Paris, Les Belles Lettres, 1961.
- IRIARTE, A., *Las redes del enigma. Voces femeninas en el pensamiento griego*, Madrid, 1990.
- HOMERO, *L'Odyssee*, Paris, Les Belles Letres, 1972.
- LORAUX, N., *Maneras trágicas de matar a una mujer*, Madrid, 1989.
- PLATO, "Laws", en HAMILTON, E. And C. HUNTINGTON, (ed.), *The collected dialogues including the letters*, Princeton University Press, Bollingen Series LXXI, 1961.
- , "Phaedo", en HAMILTON, E. and C. HUNTINGTON, (ed.), *The collected dialogues including the letters*, Princeton University Press, Bollingen Series LXXI, 1961.
- THOMAS, L. V., *La muerte. Una lectura cultural*, Barcelona, 1991.